



MALINCHE, DE HILDE KRÜGER: HACIA UNA QUIEBRA DEL MITO FUNDACIONAL EN EL MÉXICO DE LOS AÑOS CUARENTA

Malinche, by Hilde Krüger. Towards a Breakdown of the Founding Myth in 1940s Mexico

BEATRIZ ARACIL VARÓN
UNIVERSIDAD DE ALICANTE (ESPAÑA)
BEATRIZ.ARACIL@UA.ES
ORCID: 0000-0002-4982-1817

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.1088>
vol. 31 | diciembre 2024 | 91-103

Recibido: 06/06/2024 | Aceptado: 03/10/2024 | Publicado: 31/12/2024

Resumen

El presente trabajo aborda un breve ensayo de la actriz y escritora alemana Hilde Krüger titulado *Malinche o El Adiós a los Mitos* (1944). En una época en la que el mito de la Malinche traidora convive con una reivindicación del papel histórico de la traductora de Cortés, Krüger, al igual que otras escritoras contemporáneas, defiende abiertamente a su protagonista, pero además reinterpreta el término “Malinche” recuperando el sentido que los indígenas dieron al mismo en el siglo XVI. Para nuestra autora, Marina y Cortés conforman un ser mítico, “Malinche”, que anuncia a los aztecas el fin de su mundo.

Palabras clave

Malinche, Hilde Krüger, escritura de mujeres, mito indígena, México



Abstract

This paper deals with a short essay by the German actress and writer Hilde Krüger entitled *Malinche; Or, Farewell to Myths* (1944). At a time when the myth of the traitor Malinche coexists with a vindication of the historical role of Cortés' translator, Krüger, like other contemporary women writers, defends her protagonist in an open way, but she also reinterprets the term "Malinche", recovering the meaning that the indigenous people gave to it in the 16th century. For our author, Marina and Cortés form a mythical creature, "Malinche", who announces to the Aztecs the end of their world.

Keywords

Malinche, Hilde Krüger, Women's Writing, Indigenous Myth, Mexico

Introducción

En el actual estado de Tlaxcala se erige un volcán de más de 4.000 metros de altura que los indígenas llamaban Matlalcueye (Dueña de la falda verde) y que durante el período colonial comenzó a denominarse La Malinche. Su existencia, como la del resto de los volcanes de la región, se vincula a mitos y leyendas que han sobrevivido a lo largo de los siglos. Todavía en 1996, el antropólogo Julio Glockner recogía la leyenda narrada por un curandero tlaxcalteca sobre esta deidad-volcán pretendida por Gregorio Popocatepetl (a pesar de estar ambos casados, ella con el Pico de Orizaba y él con Iztaccíhuatl) que finalizaba con una "guerra de rayos y centellas" entre ambos (Glockner, 2012: pos. 202-227). Pero el nombre de Malinche no solo forma parte de estos mitos telúricos del mundo indígena. La mujer que fue entregada como esclava a Hernán Cortés y que se convirtió en su traductora y consejera imprescindible durante la conquista de México fue transformada desde el siglo XIX en un personaje mítico, símbolo de la traición a la patria, que ya en las primeras décadas del XX daría lugar al término "malinchismo", utilizado para definir la actitud servil al extranjero y el desprecio de lo propio.

Con la publicación del fundamental ensayo *El laberinto de la soledad* (1950), en el que Octavio Paz identificaba a la Malinche con la Chingada (la Madre violada),¹ el mito se volvió más complejo, aunque sin perder sus connotaciones negativas (Aracil Varón, 2014: 19-21). Tuvo que ser una escritura predominantemente de mujeres la que, desde las últimas décadas del siglo XX, transformara de una forma definitiva la percepción del mismo a través de una profunda revisión del personaje histórico² y de una reivindicación que ha pretendido romper con los prejuicios de género generadores del malinchismo para identificarse con la mujer activa, que toma las riendas de su destino, y crear una forma literaria que ha permitido a estas autoras "trascender mediante ella la maldición a la que están condenadas por su 'fatalidad anatómica' y por el papel simbólico y social de la Malinche a través de la historia" (Glantz, 2001: 284).

Existe, sin embargo, una escritura femenina previa sobre este personaje, la que se desarrolla entre las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del XX, escasa y poco estudiada hasta la fecha. Una escritura que en su mayor parte se aleja del pensamiento liberal dominante, generador del mito de la traición,

¹ "Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche" (Paz, 1986: 77-78).

² Pensemos en trabajos pioneros como los de Messinger (1991), Glantz (2001), González (2002) y Núñez Becerra ([1998] 2019) o en otros más recientes como el de Spinoso Arcocha (2022).

para adherirse a una tendencia ideológica conservadora, que defiende a la Malinche y su papel dentro de un tiempo histórico y simbólico, pero que también aporta sugerentes matices a dicha línea interpretativa.

En las próximas páginas se propone el estudio de un breve ensayo de la actriz y escritora alemana Hilde Krüger titulado *Malinche o El Adiós a los Mitos*, publicado por primera vez en México en 1944.³ Tras ubicar dicha obra en su contexto histórico e ideológico (también por lo que se refiere a esa escritura femenina sobre el personaje previa a la publicación del ensayo de Paz), se destacará el peculiar modo en que, desde una mirada que podríamos definir como periférica (por ser mujer y extranjera), Krüger ofrece su interpretación sobre el papel que jugó en la conquista de México “esa mujer, sobre quien tanto y tan poco se ha dicho, y que ha suscitado tan encontradas opiniones y distintos sentimientos desde los días en que vivió hasta nuestra época, [...] MARINA” (Krüger, 1946a: 10), al tiempo que argumenta en torno al estrecho vínculo entre la joven india y el conquistador, generador de lo que ella misma define como “el último mito de los aztecas” (82).

La configuración del mito: breve recorrido histórico

Malinalli/Malintzin/Doña Marina/Malinche ha sido, desde el mismo siglo XVI, “sujeto de la historia y objeto de una mitificación” (Glantz, 2001: 13). Su figura surge con frecuencia en las fuentes indígenas sobre la Conquista (donde, como era de esperar, es juzgada de forma muy distinta según se le mira desde el punto de vista de los aliados de los españoles o desde los vencidos), aunque los escasos y confusos datos históricos que conocemos sobre ella nos han llegado en su mayoría de la mano de los cronistas españoles y mestizos, y muy especialmente de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568). A lo largo de esta obra, Bernal Díaz del Castillo retrata a una mujer “de buen parecer, entremetida y desenvuelta” (1992: 99), supuestamente de origen noble, pero vendida por su madre a unos mercaderes y entregada más tarde como esclava a los españoles por los caciques de Tabasco. Luego, junto al conquistador, asumirá un papel esencial como traductora y consejera en hechos tan relevantes como la batalla contra los tlaxcaltecas, la matanza de Cholula o el primer encuentro entre Cortés y Moctezuma. El cronista español hace referencia asimismo a sucesos posteriores de su vida, como el matrimonio con Juan Jaramillo o el novelesco episodio en el que perdona a su madre y hermano con actitud cristiana.⁴

Como advierte Georges Baudot, los relatos de los conquistadores que fueron “actores directos del drama”, y en concreto el de Bernal, “a veces parece como si no quisieran ayudarnos directamente, sino empezar a contarnos una leyenda, un mito inscrito en modelos culturales y literarios que, si no son falsificadores, por lo menos son el resultado de un proceso de ‘ficcionalización’” (Baudot, 2001: 56). Es por ello que, para algunos críticos contemporáneos el origen del “mito de la Malinche” debe buscarse precisamente en esta crónica.⁵

Sin embargo, el mito que hoy conocemos, por el cual la Malinche se convierte en “pieza clave [...] en el rompecabezas de la identidad nacional” (González Hernández, 2002: 90), surge desde planteamientos muy diferentes ya en la segunda mitad del siglo XIX. El crucial papel que ejerció como aliada de los españoles en la Conquista y su estrecha unión (también sexual) con el conquistador/opresor Hernán Cortés (que llevaría al nacimiento de Martín Cortés) la convierten en “chivo expiatorio” de todos los males sufridos por ese país que los ideólogos liberales pretenden construir desde un rotundo rechazo al período de dominación española (González Hernández, 2002: 90). Malintzin es, en palabras de Ignacio

³ El libro fue reeditado en 1946 y traducido al inglés en 1948 (*Malinche: Or, Farewell to Myths*, New York, Arrowhead Press Book for Storm Publishers).

⁴ Ver en especial Díaz del Castillo, 1992: 102-103, 182, 228-229, 252 y 711.

⁵ Así lo afirma Núñez Becerra (2019: pos. 345-468) y así se deduce de los trabajos de Rose (1991; 1992), quien insiste en la construcción literaria que vincula el relato de Bernal a las vidas de santos y las novelas de caballerías para proyectar la imagen de una heroína literaria.

Ramírez, “la barragana de Cortés”, una Eva mexicana, causa de la pérdida de la “nación azteca” a manos de los españoles (Ramírez, 1889: 134).⁶ Unos severos juicios que se reiteran incluso en alguna voz femenina como la de la escritora y periodista Laureana Wright, fundadora de la revista *Violetas del Anáhuac*: en la biografía de “Caoniana, Tenepal o Malinal (La Malinche)” que incluye en su libro *Mujeres notables mexicanas* (1910), Wrigth sostiene que “la loca pasión” que Cortés inspiró a la Malinche “la hizo faltar á la dignidad de su estirpe, á la fidelidad de sus creencias y á sus deberes de nacionalidad, consagrándose en cuerpo y alma al destructor de su raza” (Laureana Wright, 2020: 21).

Ahora bien, frente a esta ideología liberal generadora del mito de una Malinche traidora a su patria, encontramos una tendencia conservadora e hispanófila, iniciada por figuras como Lucas Alamán, que interpreta la conquista de México no como una tragedia sino como un acontecimiento épico (memorable para vencedores y vencidos), y que admira la gran contribución de Doña Marina a este hecho histórico (Alamán, 1849: I, 59), sin duda sangriento, pero glorioso y necesario para el advenimiento de esa “nueva nación” en la que se convirtió México (1849: I, 137). Una tendencia que influye a su vez en la composición de obras literarias como *Doña Marina: novela histórica*, de Ireneo Paz, donde la protagonista es “una figura verdaderamente grandiosa”, bella, inteligente y enamorada, que junto a Cortés tiene que “destacarse siempre en aquel cuadro histórico” (Paz, 1883: 29-30).

Las dos formas de entender la figura de Doña Marina/Malinche perviven en el que será el segundo período esencial para el discurso identitario nacional: el que corresponde a las décadas posteriores a la Revolución Mexicana. Por un lado, la imagen de Doña Marina como heroína romántica, movida por el amor y la fidelidad a Cortés, surge en textos como la “monografía histórica” de Gustavo Rodríguez *Doña Marina* (1935)⁷ o la biografía novelada *Doña Marina. La dama de la conquista* (1942), de Federico Gómez de Orozco, donde se pretende dar cuenta de la vida de esta “hermosa india que todo lo ofrendó por el amor [a Cortés] y su pasión exaltada hasta el sacrificio” (1942: 8), y quien, al engendrar al “hijo predilecto del conquistador”, hizo efectiva “la fusión de las dos razas” (8). Por otro lado, una parte significativa de la intelectualidad mexicana instaaura definitivamente en esas décadas el mito negro en torno a la Malinche; mito al que acude Rubén Salazar Mallén ese mismo año de 1942 en su artículo “El complejo de la Malinche”,⁸ en el que intenta analizar las causas por las que perdura en el México contemporáneo “ese complejo que hizo a la servil indígena traicionar a los suyos y humillarse ante el conquistador” (Rubén Salazar Mallén, 1995: 54).

En esta inevitable polémica entre dos posturas aparentemente irreconciliables participan activamente durante este periodo unas pocas mujeres, sobre todo para defender a la Malinche de su “pecado” de traición. Así, en 1933, Margarita Olivo Lara publica en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía* una bien documentada biografía de “Malintzin o Marina”,⁹ que finaliza aludiendo a esa deslealtad a la patria que algunos reprochan al personaje y que Olivo disculpa por el amor de Marina hacia Cortés y por la imposibilidad de sentir apego hacia quienes la repudiaron convirtiéndola en esclava y regalándola más tarde a los conquistadores (Olivo Lara, 1933: 181). Por su parte, María Jesús Indart reedita precisamente en 1942 en *La Nación* un artículo sobre “Doña Marina”¹⁰ en el que, tras retomar la lectura épica de la Conquista defendida por los conservadores católicos del XIX, y sin

⁶ Sobre esta identificación de la Malinche como Eva mexicana son de especial interés los planteamientos de Margo Glantz (2001: 12), Sandra Messinger Cypess (2005: 17), Spinoso Arcocha (2022: 102) o Ávalos Torres (2021).

⁷ Aunque, en este texto, dicha imagen se entremezcla con una perspectiva pretendidamente científica, que invade “terrenos de la Endocrinología”, a partir de la cual el autor identifica amor y sexualidad afirmando que “las hormonas de nuestros dos personajes estaban en pleno funcionamiento y su amor fue espléndido y duradero” (Rodríguez, 1935: 20-21).

⁸ El artículo se publica en la revista *Hoy* el 25 de abril y el libro de Gómez de Orozco se termina de imprimir el 15 de octubre.

⁹ En la que, al parecer, asume información de un trabajo publicado por la profesora Antonieta Domínguez en 1932 (ver José de J. Núñez en Rodríguez, 1935: IX-X).

¹⁰ Publicado originalmente en el primer número de *Divulgación Histórica* (noviembre de 1939).

abandonar el tópico de la mujer enamorada, aduce una serie de argumentos para rebatir el divulgado “juicio de que la Malinche fue traidora a su raza” (Indart, 1942: 29): para la autora, esta mujer de “clara inteligencia” comprendió que, con el triunfo de los españoles, “la existencia de sus compatriotas quedaría iluminada con luces superiores” y que “la fusión de su raza con las de aquellos ‘teules’, los incorporaría a una civilización y una cultura basadas en conceptos espirituales”, lejos de sus idolatrías; además, recuerda que no pudo haber traición a su raza porque ella solo debía a su pueblo “despojo y destierro”, pero, sobre todo, porque lo que había en el territorio mexicano era una multiplicidad de razas que vivían “en guerras entre sí y sólo se unían para hacer frente al enemigo común, a Moctezuma” (29). Razas que vieron en Cortés al libertador que les permitiría recobrar sus derechos. Para Indart, “Doña Marina no fue traidora a su raza. No tuvo la patriotería fanfarrona y pueril que tanto abunda hoy en día, sino el verdadero e inteligente patriotismo que sabe querer para su patria todo lo que la eleve y dignifique” (29). En una similar línea de defensa del personaje se situará apenas dos años más tarde el ensayo de Krüger, que asumirá parcialmente los planteamientos de la tendencia hispanófila para proponer, sin embargo, una singular reinterpretación del mito que intentará alejarlo del debate identitario.

Hilde Krüger: una actriz alemana que escribe en México

A inicios de 1941, la actriz alemana Hilde Krüger cruzó la frontera entre EE.UU. y México.¹¹ Hasta apenas dos años antes, había participado en varias películas de los estudios UFA (en un tiempo en el que, al parecer, fue “amiga íntima” del Ministro de Propaganda Joseph Goebbels) y, tras el estallido de la II Guerra Mundial, había intentado sin éxito hacer carrera en Hollywood, adonde tal vez había llegado también para infiltrarse como espía. México sería para ella una experiencia muy diferente: gracias a su amistad con el multimillonario Jean Paul Getty, entró en el país con trato de embajadora y muy pronto empezó a relacionarse con figuras destacadas como Ramón Beteta (entonces Subsecretario de Hacienda) y Miguel Alemán (que llegaría a ser presidente de la nación, pero en esos años ejercía como Secretario de Gobernación). Fue este último quien la ayudó a formalizar legalmente su estancia en el país en julio de ese año y a dar sus primeros pasos en la industria cinematográfica mexicana, que iniciaba por entonces su llamada “Época de Oro”.

En marzo de 1942 comenzó el rodaje de *Casa de mujeres*,¹² donde conoció a la española Amparo Morillo, quien había llegado a México como exiliada republicana en 1939 y que se estrenaba como actriz después de haberse desempeñado como taquimecanógrafa. Ambas jóvenes debieron hacerse pronto amigas porque Krüger le agradecería “la redacción definitiva en castellano” de la obra que nos ocupa, *Malinche o El Adiós a los mitos* (1946a: 7).¹³

Ese mismo año de 1942, Hilde solicitó permiso para asistir como alumna externa a las clases del filósofo e historiador mexicano Edmundo O’Gorman en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (Cedillo, 2016: pos. 81). Así debió empezar una amistad entre ambos que sería fundamental para que la actriz comenzara a interesarse por la figura de la Malinche. Ella misma le reconoce en los citados

¹¹ Los datos biográficos que conservamos sobre Hilde Krüger (Colonia, 1912-Lichtenfels, 1991) son escasos, contradictorios y quizá sesgados. En su mayoría provienen del libro de Juan Alberto Cedillo *Hilda Krüger: Vida y obra de una espía nazi en México* (2016), biografía novelada que, como indica su título, pretende destacar el papel de Krüger en una red de espionaje alemán creada en México entre fines de los años treinta e inicios de los cuarenta, pero aporta asimismo información útil para reconstruir otras facetas del personaje durante su estancia en México (que debió finalizar en 1948, cuando contrajo matrimonio con el magnate cubano Julio Lobo Olavarría).

¹² Dirigida por Gabriel Soria, la película era una adaptación de la pieza teatral homónima del argentino Enrique Suárez de Deza, estrenada en agosto de 1940 en el Teatro Ideal de la ciudad de México, y que había sido el gran éxito teatral de aquel año.

¹³ La revisión de sus dos libros siguientes la realizaría otra exiliada española, Concepción Tarazaga, maestra de la Escuela Normal durante la Segunda República, que por esos años trabajaba en el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón.

agradecimientos “la idea general de este ensayo y numerosas sugerencias recogidas en su curso de la Universidad Nacional de México” (Krüger, 1946a: 7).¹⁴ Dicha amistad se extendió a Ida Rodríguez Prampolini, futura esposa de O’Gorman y quien pronto destacaría a su vez como escritora e historiadora del arte; y a Justino Fernández, citado por Krüger como responsable de la edición de su obra (7).¹⁵

Entre 1942¹⁶ y 1947, Krüger desarrolló una etapa intensa en la que compaginó sus estudios con el rodaje de varias películas,¹⁷ la escritura del ensayo sobre la Malinche y, más tarde, la de otros dos libros centrados a su vez en sendas mujeres: *Elisa Lynch o La Tragedia como destino* (1946), biografía de la irlandesa Eliza Alice Lynch Loyd¹⁸ en la que abordó su relación con Francisco Solano López, presidente de la República del Paraguay durante la trágica guerra de la Triple Alianza; y *Su imagen en mi espejo* (1947), un curioso estudio de carácter filosófico sobre Sor Juana Inés de la Cruz en el que seleccionaba y comentaba doce sonetos de la monja novohispana ofreciendo sus propias reflexiones sobre el amor y la muerte (Aracil Varón, 2022).

En las tres obras, Krüger admite desde el principio que la escritura surge de la fascinación por sus protagonistas, mujeres que triunfan en contextos que hoy definiríamos como patriarcales, a las que se acerca renunciando “con gusto a toda pretensión de imparcialidad” (1946a: 11). Mujeres que, además, en el caso de “Marina” o la “Dama de la conquista” (1946a: 6)¹⁹, y de Elisa Lynch o la “Dama del Paraguay” (1946b: 70), resultan especialmente controvertidas por haber asumido espacios de poder gracias a sus propias dotes y a su vinculación con los hombres que ejercieron dicho poder de forma casi absoluta en sus respectivos contextos.²⁰

De una “Marina” idealizada al mito de “Malinche”

Plenamente consciente de su condición de mujer y extranjera,²¹ en la “Advertencia” de *Malinche o El Adiós a los Mitos* Krüger plantea que abordar “la figura histórica y legendaria de Marina” ha sido

¹⁴ Desde 1938 O’Gorman trabajaba a un tiempo como profesor en la UNAM y como investigador del Archivo General de la Nación. Por los años en que Krüger escribe sobre la Malinche, ya había publicado algunos títulos importantes, entre los que destaca a nuestro propósito el recogido en la bibliografía final del ensayo *Fundamentos de la Historia de América* (1942), un libro que no aborda el hecho histórico de la conquista de México ni a sus protagonistas (puesto que se centra en el problema filosófico de la incorporación de América a la cultura europea), pero en el que O’Gorman invita a entender la conquista (de América en su conjunto) “en sus orígenes y viva dramaticidad” para descubrir “un ancho campo casi inédito que reclama nuestra preferente atención” (1942: XI-XII).

¹⁵ Compañeros desde la infancia, Fernández y O’Gorman tenían una experiencia editorial compartida, ya que habían fundado en 1932 *Alcancía* (y la revista con el mismo nombre). Sobre este proyecto literario, ver García Niño (2020).

¹⁶ Año en el que contrajo matrimonio con Ignacio de la Torre (Cedillo, 2016: pos. 79).

¹⁷ En 1945 se estrenarían tres películas en las que participaba Krüger: *Bartolo toca la flauta*, *El que murió de amor* y *Adulterio*; al año siguiente, la revista *Time* comentaba con humor: “At the University of Mexico, where she studied sedulously, a professor asked: ‘But Señorita Kruger, you go to school day and night and you also act in the cine; when do you find time to do your spying?’” (1946: s/p).

¹⁸ A quien ella misma había encarnado en el teatro siendo muy joven (Krüger, 1946b: 8).

¹⁹ Krüger toma el apelativo del ya citado libro de Federico Gómez de Orozco, lectura que debió serle de especial interés.

²⁰ La comparación entre la vida de ambas mujeres y la de la propia Krüger ha resultado casi inevitable para la creación literaria. Así, Cedillo insiste a lo largo de su biografía novelada en el deseo, por parte de nuestra autora, “de seguir los pasos de la épica Elisa Lynch” (2016: pos. 91), y en su relato “La espía de la plaza Washington”, Mónica Lavín (2013) imagina a Krüger como un *alter ego* contemporáneo de la traductora de Cortés.

²¹ Aunque probablemente lo desconociera, no era la primera extranjera que se atrevía a realizar su valoración sobre la traductora de Cortés y el trato que le había dado la historia. Ya en la primera mitad del XIX, la marquesa Calderón de la Barca se había referido a ella en algunas de las cartas que acabaría publicando en 1843 (*Life in Mexico during a residence of two years in that country*; traducidas por primera vez al español en 1920), en las que retomó datos aportados por Bernal Díaz del Castillo e insistió en el “papel de importancia” que Doña Marina jugó en la Conquista (Calderón de la Barca, 2023: 168 y 526-527). Décadas más tarde, la periodista y escritora española Concepción Gimeno de Flaquer publicaría en la revista mexicana que dirigía entonces, *El*

para ella una oportunidad de asomarse a la “dramática historia de este hermoso país” (1946a: 5-6) y de crear así un “nuevo vínculo” con la tierra a la que debe una “generosa hospitalidad” (6). Explicarse a sí misma el papel de esta mujer “admirable” en la “epopeya asombrosa” de la conquista de México parece ser, pues, el pretexto para componer lo que ella misma define en principio solo como un “pequeño ensayo” que “contiene las impresiones de una mujer sobre otra” (6), única aspiración posible de “una persona como yo, sin autoridad, sin antecedentes” que osa introducirse “en un campo de estudio en donde tantos y tan eminentes hombres han gastado la paciencia y la vida” (7).

Sin embargo, este ejercicio de *captatio benevolentiae*, casi ineludible por parte de una extranjera que se inicia en la escritura abordando un hecho histórico tan espinoso para el contexto mexicano, se contradice en buena medida con lo que encontramos en las páginas siguientes, donde la alemana desarrolla con firmeza el tema elegido y toma partido en la controversia en torno a su protagonista para ofrecer una argumentación que asume y supera parcialmente las de los ideólogos conservadores.

Dividido en cuatro capítulos, el libro inicia con el titulado “Marina”, concebido como un recorrido por la vida de su protagonista que le permite detenerse a su vez en los hechos más destacados de la Conquista. A este, le siguen: “Cortés”, en el que ofrece un retrato del personaje como prototipo del español del siglo XVI; “Encuentro”, reflexión sobre lo que debió suponer para los conquistadores y las mujeres indias (y especialmente para Cortés y Marina) el contacto entre dos culturas tan distintas; y “Malinche”, capítulo final donde elabora su concepto de este mito.

El acercamiento de Krüger a la figura histórica de “Marina” oscila entre la erudición y la subjetividad: por un lado, se esfuerza en demostrar su conocimiento tanto de las crónicas como de los principales trabajos sobre la Conquista;²² por otro, reconoce que no solo se aproxima al personaje desde “el sentimiento, la emoción, el respeto que se merece” (Krüger, 1946a: 40), sino también desde una actitud cómplice, que, por momentos, convierte el ensayo en diálogo personal con su protagonista: “No fue la curiosidad la que me movió a considerarte, MARINA (conocer por conocer es plebeyez de espíritu); me he acercado a ti, a ese cargado pasado al que perteneces, con el deseo de darte una nueva apariencia” (41-42).

Esa “nueva apariencia” que pretende otorgar a su personaje se construye como reivindicación frente al olvido²³ y frente al agravio, dos formas de negar su contribución a “uno de los acontecimientos más extraordinarios de aquel momento heroico y pleno en que el pueblo español se apoderó del mando del mundo” (1946a: 9). Al tiempo que asume, como vemos, una versión épica de la conquista de México, Krüger exalta la “excepcional posición” que ocupa en ella su heroína, no solo percibida en su época por los españoles, sino también, y de forma especial, por los indígenas (24), y destaca ese papel de traductora que no se limita a “transmitir mecánicamente las palabras de Cortés”, ya que Marina “tenía iniciativas propias; era elocuente y persuasiva” (32).

Su argumentación a este respecto no es nueva,²⁴ pero sí resulta llamativo que defina a la intérprete como “un puente que une dos mundos” (Krüger, 1946a: 32)²⁵ y que reflexione sobre el difícil

álbum de la mujer, un elogioso y polémico artículo en torno a “la gran mujer que propagó nuestra santa fe y que ayudó en sus conquistas al gran héroe” (1884: 142-143; ver Spinato, 2022: 165-168 y Pedrós-Gascón, 2022: 59-64).

²² Nuestra autora incorpora un listado final con casi una treintena de “libros consultados” (1946a: 91-94) en el que tienen una presencia destacada los cronistas de Indias y los historiadores modernos (desde William Prescott hasta su amigo ya citado Edmundo O’Gorman). Abundan asimismo en el texto las citas literales, sobre todo de Díaz del Castillo, pero también de Suárez de Peralta o Motolinía, así como alusiones concretas a investigadores como Ramón Iglesia.

²³ Krüger lamenta el “inexplicable, irritante silencio” al que la someten Cortés y Gómara (1946a: 11), pero también el “lugar secundario que tradicionalmente se le asigna en las historias” (32).

²⁴ La valoración de un papel que va más allá de la mera traducción de las palabras está ya en la crónica de Bernal y se reitera hasta las fechas en que escribe Krüger (ver como ejemplo Indart, 1942: 29).

²⁵ Un concepto con el que se adelanta en varias décadas a argumentaciones como la de Echeverría (2001: 174-176).

proceso que habría implicado para ella la aceptación de una nueva cultura (esto es, lo que hoy definiríamos como un proceso de aculturación):

No era fácil para la india entrar de repente en esta concepción [española] de la vida tan contraria a la suya. Durante muchos años debió seguir MARINA íntimamente unida, como a las entrañas misteriosas de su ser, al mundo indígena a que pertenecía, y del cual tenía que salir. (Krüger, 1946a: 69)

Por otro lado, nuestra autora rechaza la imagen de la Malinche “traidora” a la patria precisamente a partir de la negación del concepto mismo de patria entre los indígenas del siglo XVI:

No creemos que el alma de la india se viera atormentada por un sentimiento patriótico, como han creído ver en ella, con bastante miopía, algunos comentaristas [...]. Habría que atribuir a los indios el sentido y conciencia que hoy tenemos de una nacionalidad, y concretamente de la nacionalidad mexicana, para inventar esa MARINA, símbolo patriótico de una nación que aún no existía. (Krüger, 1946a: 70-71)

Y, como desarrollo de este razonamiento a partir del cual intenta alejarse de interpretaciones que considera anacrónicas, rompe asimismo con la idea de la Malinche-Madre de los mexicanos, ya que, a pesar de destacar su indisoluble unión al conquistador Cortés,²⁶ rechaza el tópico de la pareja fundadora y sugiere, en su lugar, un nuevo sentido del término “Malinche”: el referido a un mito que simboliza “un mundo que se hunde” (Krüger, 1946a: 73).

Krüger parte para ello del testimonio de Bernal Díaz del Castillo sobre cómo, por andar siempre junto a Marina, los indígenas “llamaban a Cortés Malinche” (Díaz del Castillo, 1992: 203). El simbolismo de este apelativo no había pasado desapercibido para los autores del México independiente, de manera que, por el tiempo en que escribía nuestra autora, aparecía ya claramente vinculado a un tópico esencial de la construcción identitaria mexicana: la fusión de razas inaugurada por Cortés y la Malinche que definía el México moderno. Así lo expresaba Gómez de Orozco en el prefacio a su libro de 1942:

“Cortés Malintzin” le llamaban los indios al conquistador, como si quisieran connotar con esta designación la dualidad de las personalidades que ellos fundían en una. La de la hermosa india que todo lo ofrendó por el amor [...] y la del prócer que no desdeñó mezclar su sangre con la de su colaboradora, haciendo efectiva la fusión de las razas, que fue sin género de duda, el paso más trascendental de su vinculación al país. (Gómez de Orozco, 1942: 8)

Nuestra autora, sin embargo, cierra su tercer capítulo denunciando el carácter anacrónico de este tópico fundacional que iba a prevalecer, aunque con matices distintos, sobre todo a partir del ensayo de Octavio Paz:

No tiene tampoco sentido ni razón de ser, la idea bella, pero falsa, que quisiera ver en la unión Cortés-MARINA un símbolo de la fundación de la nacionalidad mexicana. Esto es juzgar en ellos lo que aconteció siglos después. Ni en Cortés, ni en MARINA, cabía la idea de una nacionalidad mexicana. (Krüger, 1946a: 72)

Según Krüger, Cortés y Marina no fundan la nación mexicana, pero sí determinan el arribo de una nueva era. Por ello, en su capítulo final retoma el término “HUEHUEMALINCHE (‘El Capitán viejo que trae a Doña Marina’)” (1946a: 77) para devolverle su sentido originario: el que le atribuye “el idioma dulce, musical, de ese pueblo guerrero y cruel” al captar la verdadera esencia de la unión entre ambos personajes, “unión mítica y mágica que los fundía y confundía, creando un solo ser complejo y terrible” (75). Dicho ser, forjado por la palabra de Marina, que les revela el fin de su mundo y el inicio de “la nueva era” (82), es el “último mito de los aztecas” y nuestra autora lo ve plasmado en la pintura del muralista José Clemente Orozco, “Cortés y Marina”, reproducida al inicio de su libro:

²⁶ En cuanto a su relación con Cortés, Krüger no rompe con el tópico de la mujer enamorada —“El secreto de su alma es el de una mujer que todo lo subordinó al amor” (1946a: 25)—, pero sí con la identificación de dicha relación con “el amor romántico; amor a lo siglo XIX; [...] que exige el matrimonio y la familia como únicas pruebas de felicidad” (51).

Las dos figuras, la del hombre y la de la mujer, están sentadas una al lado de la otra. A sus pies yace el cuerpo muerto de un hombre, como para expresar el derrumbamiento de la vida. Pero también las dos figuras son vida. Parece que son seres que viven fuera del tiempo, intemporales, eternos. Son como unos personajes mitológicos que pertenecieran al mundo de los héroes semihumanos, semidivinos [...].

Orozco ha realizado la visión plástica de la unión que hizo de ellos una sola carne y una sola naturaleza [...].

En la forma nueva con que plásticamente se nos presenta a Malinche, surge aquel ser extraordinario que el mundo indígena sintió en lo más profundo de sí mismo al morir sus antiguas mitologías y ante el empuje terrible de un destino inevitable. (Krüger, 1946a: 80-82)²⁷

Resulta sugerente la propuesta de Krüger no solo respecto al mito que formula, sino también respecto a su reflejo en la obra de Orozco. Por un lado, desliga el nombre “Malinche” del mito de la mujer traidora; insiste en el papel de la palabra como elemento esencial de la unión Cortés-Marina; y reinterpreta dicha unión elevándola a la categoría de un (nuevo) mito, surgido de ese mundo indígena que toma conciencia de su propia destrucción. Por otro lado, su personal mirada de la ahora célebre pintura “Cortés y Malinche” (1922-1926) como “eco vivo del sentir auténtico de aquella intuición del alma indígena” (Krüger, 1946a: 80) despoja de connotaciones negativas a la pareja que conforman el hombre español y la mujer indígena (indisoluble en su desnudez), trasladando ambas figuras (y también al indio que yace a sus pies) a una dimensión mítica. Lo que importa, para Krüger, no es lo que el fresco de Orozco pudiera decir sobre el origen del México moderno, sino su sensibilidad para plasmar ese “último mito de los aztecas [...] con el que se da el adiós a los mitos” (82).

Falso epílogo

Hilde Krüger desarrolla, como hemos apuntado, una reinterpretación del término “Malinche” que lo desliga de su significado habitual (vinculado al apelativo deformado de la mujer indígena que determinó el curso de la conquista de México) para otorgarle un sentido mítico. Según nuestra autora, “Marina” forjó junto a Cortés un mito de ocaso, que clausuraba todo un mundo cultural, pero también de nacimiento a una nueva era. Un mito solo comprensible desde la idea de la insoluble unión entre ambos personajes que Krüger refuerza, para finalizar su ensayo, con la evocación de una leyenda, ahora cristiana, también recogida por Bernal Díaz del Castillo: alentados por las falsas noticias de que ambos habían muerto en el camino de las Hibueras, los colonos hicieron circular por la capital mexicana la falsa noticia de que en Tlatelolco podía verse cómo “durante la noche ardían en vivas llamas las ánimas de Cortés y doña MARINA” (1946a: 84).²⁸

La leyenda que “une en una sola llama las dos almas de Cortés y MARINA, sufriendo juntos una misma terrible pena por toda la eternidad” (1946a: 85), evoca a la autora esos otros amantes de “cuerpos entrelazados” (Paolo y Francesca de Rimini) que Dante concibe en su *Divina comedia* “formando un único ser agitado constantemente por un viento negro”, incapaz de separar “ni aun en el Infierno [...] a quienes en vida se unieron por el amor” (86). Una sugerente analogía literaria que parece reducir el “pecado” de Cortés y la Malinche a un amor adúltero injustamente condenado, y que, quizá por ello, solo podría haber irrumpido en el México de los años cuarenta de la mano de una mujer “sin autoridad, sin antecedentes”, de una actriz extranjera que podía permitirse la licencia de contemplar “la

²⁷ El conocimiento de esta pintura debió llegarle a Krüger a través del ya citado Justino Fernández, cuyo libro *José Clemente Orozco. Forma e idea* figura en el listado final de su obra, pero la interpretación de la composición se aleja de la de Fernández, quien acude solo al cliché de la pareja fundadora, “la Eva y el Adán paradisiacos” (1975: 41).

²⁸ La anécdota, que Krüger extrae de Díaz del Castillo (1992: 761), había sido recreada asimismo por Gómez de Orozco (1942: 172).

Conquista entera” como un “drama emocionante, humano y novelesco” (87) y descubrir “la expresión mítica contenida en el nombre de Malinche” (85).

Bibliografía

- ALAMÁN, Lucas (1849), *Disertaciones sobre la historia de la república mejicana*. Ciudad de México, Impr. J.M. Lara.
- ARACIL VARÓN, Beatriz (2014), “La Malinche: historia y mito en dos novelas mexicanas contemporáneas”, en Eudave, Cecilia; Ortiz, Alberto; Rovira, José Carlos (coords.), *Mujeres novohispanas en la narrativa mexicana contemporánea*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 13-41.
- ARACIL VARÓN, Beatriz (2022), “*Su imagen en mi espejo*, de Hilde Krüger: una peculiar lectura de la poesía de Sor Juana en el México de los años 40”, en *Atalanta: Revista de las Letras Barrocas*, vol. 10, n.º 2, pp. 10-35. DOI: <<https://doi.org/10.14643/102A>>.
- ÁVALOS TORRES, Antonia (2021), “Malinche, Una Eva indígena: asociaciones misóginas y subversiones simbólicas”, en *Asparkía. Investigación feminista*, n.º 39, pp. 277-289. DOI: <<https://doi.org/10.6035/asparkia.4582>>.
- BAUDOT, Georges (2001), “Malintzin, imagen y discurso de mujer en el primer México virreinal”, en Glantz, Margo (coord.), *La Malinche: sus padres y sus hijos*. Ciudad de México, Taurus, pp. 55-89.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Madame Frances (2023), *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Felipe Teixidor (trad.). Ciudad de México, Titivillus [epub].
- CEDILLO, Juan Alberto (2016), *Hilda Krüger: Vida y obra de una espía nazi en México*. Ciudad de México, Editorial Debate [ebook].
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (1992), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Sáinz de Medrano, Luis (ed.). Madrid, Planeta.
- ECHEVERRÍA, Bolívar (2001), “Malintzin, la lengua”, en Glantz, Margo (coord.), *La Malinche: sus padres y sus hijos*. Ciudad de México, Taurus, pp. 171-182.
- FERNÁNDEZ, Justino ([1942] 1975), *José Clemente Orozco. Forma e idea*. Ciudad de México, Porrúa.
- GARCÍA NIÑO, Arturo E. (2020), “Viaje a los orígenes escriturales de un contador e interpretador de historias: tres poemas de Edmundo O’Gorman en *Alcancía I* (enero de 1933)”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 41 n.º 161, pp. 134-151. DOI: <<https://doi.org/10.24901/rehs.v41i161.802>>.
- GIMENO DE FLAQUER, Concepción (1884), “La inspiradora de Hernán Cortés”, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0989465>>. (25/05/2024).
- GLANTZ, Margo (coord.) (2001), *La Malinche: sus padres y sus hijos*. Ciudad de México, Taurus.
- GLOCKNER, Julio (2011), *Los volcanes sagrados. Mitos y realidades en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl*. Ciudad de México, Punto de Lectura [ebook].
- GÓMEZ DE OROZCO, Federico (1942), *Doña Marina. La dama de la conquista*. Ciudad de México, Xóchitl.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, Cristina (2002), *Doña Marina (Malinche) y la formación de la identidad mexicana*. Madrid, Ediciones Encuentro.
- INDART, María Jesús (1942), “Mujeres de nuestra historia: Doña Marina”, en *La Nación* (México), vol. 1, n.º 33, p. 29.
- KRÜGER, Hilde ([1944] 1946a), *Malinche o El Adiós a los Mitos*. Ciudad de México, Editorial Cvltvra.
- KRÜGER, Hilde (1946b), *Elisa Lynch o La Tragedia como Destino*. Ciudad de México, Editorial Cvltvra.

- KRÜGER, Hilde (1947), *Su Imagen en mi Espejo*. Ciudad de México, s.e.
- LAVÍN, Mónica (2013), “La espía de la plaza Washington”, en *La casa chica*. Ciudad de México, Planeta [epub].
- MESSINGER CYPESS, Sandra (1991), *La Malinche in Mexican literature: from history to myth*. Austin, University of Texas Press.
- NÚÑEZ BECERRA, Fernanda ([1998] 2019), *La Malinche, de la historia al mito*. Ciudad de México, Secretaría de Educación Pública de México [ebook].
- O’GORMAN, Edmundo (1942), *Fundamentos de la historia de América*. Ciudad de México, Imprenta Universitaria.
- OLIVO LARA, Margarita (1933), “Nuevas biografías de veracruzanos distinguidos”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, vol. 4, n.º 8, pp. 107-166.
- PAZ, Ireneo (1883), *Doña Marina. Novela histórica*. Ciudad de México, Impr. y litografía de I. Paz.
- PAZ, Octavio ([1950] 1986), *El laberinto de la soledad*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- PEDRÓS-GASCÓN, Antonio Francisco (2022), “Concepción Gimeno, agente doble cultural hispano-mexicana (1883-1909)”, en *Literatura Mexicana*, vol. 33, n.º 1, pp. 49-90. DOI: <<https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.2022.33.1.7122X12>>.
- RAMIREZ, Ignacio (1889), *Obras de Ignacio Ramírez. Tomo 1. Poesías. Discursos. Artículos históricos y literarios*. Ciudad de México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento.
- RODRIGUEZ, Gustavo A. (1935), *Doña Marina*. Ciudad de México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores.
- ROSE, Sonia V. (1991), “Bernal Díaz del Castillo frente al Otro: Doña Marina, espejo de princesas y damas”, en *Cahiers de l’U.F.R. d’Études Ibériques et Latino-Américaines*, vol. 8, pp. 77-87.
- ROSE DE FUGGLE, Sonia (1992), “Bernal Díaz del Castillo cuentista: la historia de Doña Marina”, en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, pp. 939-946. Consultado en: <https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/10/aih_10_4_014.pdf>. (25/05/2024).
- SALAZAR MALLÉN, Rubén (1995), “El complejo de la Malinche”, en *Disenso*, n.º 3, pp. 53-56.
- SPINATO, Patrizia (2022), “La Malinche y la imagen de la mujer precolombina en los escritos de Concepción Gimeno de Flaquer”, en Aracil Varón, Beatriz; Ruiz Bañuls, Mónica (eds.), *Personajes míticos e históricos de la conquista de México en la escritura de mujeres*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, pp. 161-173.
- SPINOSO ARCOCHA, Rosa M. (2022), *La Llorona y la Malinche: Mujeres y mitos femeninos en México*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara [eBook].
- TIME (1946), “MEXICO: LADY OF LETTERS”, en Time. <<https://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,793159,00.html>>. (25/05/2024).
- WRIGHT, Laureana ([1910] 2020), *Mujeres notables mexicanas*. Ciudad de México, Ediciones Corte y Confeción.